

SE OYÓ LA OLLA

- El funcionamiento de una olla a presión consiste en que existe una válvula que limita la presión para ir liberando el vapor cuando se llega a un límite establecido. Una válvula, una minúscula pieza que hace que funcione todo -
- ¿Y qué pasa si la válvula se tapa? - preguntó la pequeña Mía de siete años, que escuchaba fascinada a su papá.
- Que entonces... ¡BOOM!, la olla se explota - dijo Diego.
- Deje de asustar a la niña - interrumpió Adira mientras entraba en la cocina, y continuó, - ya se le hizo tarde y no alcanzó a comer -
- Su mamá tiene razón, guarde eso y se lo lleva -

Mía tomó el pan con mermelada que le quedaba, le pegó dos mordidas rápidas, y luego lo guardó en una bolsa color café. Pegó un saltito de la silla para bajarse y se dispuso a salir del lugar, hasta que se vio interrumpida por su mamá que le habló justo en el momento que estaba a punto de cruzar el marco de la puerta:

- ¡Mía! Despídase de su papá. Despídase bien, dele un beso en la mejilla - le replicó a la pequeña, mientras ella cambiaba de estufa la olla a presión en la que tenía haciendo un caldo para el desayuno.

La niña extendió sus pequeños bracitos y le estampó un beso en la mejilla, muy tierno y muy puro a su príncipe azul, a su héroe, a su verdadero amor, a su papá. Luego de ello salió. A los 10 segundos, el silencio se rompió.

- ¿Te carcome que me prefiera a mí, no? - escupió Diego.
- Por ahora Diego, por ahora, cuando crezca se va a dar cuenta de la clase de papá que tiene -
- Papá que usted le eligió le recuerdo -
- Ahorita no Diego, ahorita no. Más bien vaya y vigile a la niña mientras coge el transporte para el colegio -

El hombre tomó un sorbo de café, con un buche se enjuagó la boca y luego salió bruscamente del lugar para supervisar la ida de la niña que no regresaría sino hasta las 4:00 de la tarde. En la cocina quedó Adira, su respiración se agitaba, llevaba años pensando la decisión que en ese instante por fin acababa de tomar; entonces una lágrima marcó un camino brillante por su mejilla.

A lo lejos oyó que Mía subía al carro que la llevaría a la escuela y en ese instante, subió el fuego de la estufa al máximo. Cortó un gajo de cebolla y lo tomó en la mano, mientras un impetuoso Diego regresaba a escena.

- ¿Entonces muy desgraciada? - rebuznó.

No hubo respuesta.

- ¡Le acabo de preguntar que si muy desgraciada malparida! - gritó “Dieguito” mientras le jalaba el pelo a Adira.

Ella no dijo nada, apretó los dientes, por primera vez en todos los años que llevaba de matrimonio no emitió ningún sonido de dolor. Si ya había aguantado tanto, unos segundos no sería nada. Enfurecido Diego apretó más fuerte y pese a que la dobló, no hubo gritos... lo que sucedió a continuación pasó tan rápido, que pareció una cámara lenta: Mano. Gajo. Mesón. Forcejeo. Estufa. Mango de olla. Tapa de olla. Gajo en válvula. Agitación. Forcejeo. Olla a presión. Dirección. Cabeza hombre. Presión. Vapor. Forcejeo ¡Boom! Se oyó la olla. Silencio. Cabeza de hombre. Pistón de olla. Pistón de olla en la frente del hombre. Caen cuerpos. Black out.

El caldo de pollo y la sangre se confunden entre las paredes, el piso y el techo de la cocina. Un hombre, un buen padre y un desgraciado al mismo tiempo, yace tirado muerto entre las patas de la silla del comedor. Una mujer, una buena madre y una asesina al mismo tiempo, altiva se libera. La escena es escabrosa, pero tiene la coartada perfecta; no mentará, cuando le pregunten, dirá la verdad: ¡estalló la olla a presión!

Marcelino Cuéllar Castro.
Bogotá, 2021.